

RECORDANDO AL AMIGO

Rodolfo Alpízar Castillo

Conocí a Manuel Barreiro Sánchez en noviembre de 1990, durante las sesiones del I Simposio de Traducción Científica y Técnica, en La Habana, cuando nuestras respectivas ponencias resultaron premiadas. Este simposio fue el primer evento nacional en que se presentaron textos sobre terminología en el país y sobre su relación con la traducción, además de exponerse un plan para la sistematización de las actividades terminológicas.

Algún tiempo después, él me buscó y me puso un verdadero cerco, hasta convencerme de dictar cursos de terminología y terminografía a los profesores de la Facultad de Lenguas Extranjeras. Pararme ante un aula me produce un desgaste nervioso tremendo (¡y frente a profesores!), y me negué, pero él tenía en mente la consolidación de un Grupo de Estudios Terminológicos (GET) en su Facultad y no cejó hasta obligarme a aceptar. Así comenzó nuestra amistad.

A veces discrepábamos, por ser caracteres diferentes. Pero teníamos objetivos comunes, nos respetábamos y éramos sinceros. Y constituimos, con otro colega (Francisco Planas, hace años radicado en Estados Unidos), el “trío de la terminología” en Cuba. Unimos esfuerzos con otros pocos entusiastas y logramos lo que ni antes ni después se conoció en Cuba en materia de terminología/terminografía/docencia.

En junio de 2007 escribí un artículo para un número especial de *Terminómetro* (de la Dirección de Terminología e Industrias de la Lengua de la Unión Latina). Se titulaba *La terminología en Cuba. Unos lustros después*. Creo que ese número nunca se publicó. Permítaseme citar un párrafo:

Por otra parte, gracias al empeño del profesor Manuel Barreiro Sánchez, el único especialista en terminología entonces existente en el país dictó dos cursos (1991 y 1992; otro en 1993, para profesores jóvenes de la Facultad e interesados de otros sectores) de formación para profesores del Grupo de Estudios Terminológicos de la Facultad de Lenguas Extranjeras de la Universidad de La Habana (GET), fundado en 1991 por el propio profesor Barreiro. Con ello se sentaron las bases para la docencia en terminología a estudiantes de traducción. Este colectivo aglutinaba a profesores de la Facultad interesados en la creación de obras terminográficas; además, inició un proceso de perfeccionamiento profesional interno (“tertulias terminológicas”), y propició los primeros contactos de la Facultad con la célula catalana de terminología.

Ahora afirmo, viendo a la distancia: Si alguna vez en la Universidad de La Habana (en la Facultad de Lenguas Extranjeras) se hizo algo de verdadero mérito en relación con la terminología/terminografía, fue exclusivamente por la perseverancia de Barreiro. Con su muerte, todo lo mejor de aquel esfuerzo se desvaneció. Él era el alma. Al no estar el alma, todo se esfumó. Si algo queda en la actualidad es escaso, asistemático y de ninguna repercusión social.

No todos apoyaron a Barreiro. Le conocí detractores. Pero fue más grande que cualquiera de ellos. Y ninguno fue capaz de imitar, ni entonces ni después, su dedicación al proyecto del GET y la pasión que puso en hacerlo nacer y progresar.

Muchas veces, en situaciones difíciles en que debió tomar decisiones dolorosas, me dijo: «Alpízar, yo no puedo permitir que el departamento desaparezca». Casi todo lo que hizo estuvo regido por esa convicción.

Los que formamos el pequeño grupo de impulsores de la terminología en Cuba durante aquellos años partimos del convencimiento científico de la necesidad de promover la disciplina, o de pensar que lo que queríamos hacer sería útil para los traductores. Hubo quienes veían la ventaja económica de desarrollar productos terminográficos y se nos unieron. Eran distintos enfoques, pero conducían al mismo fin: promover la actividad terminológica en Cuba.

Barreiro, si bien era un convencido de la necesidad de la docencia en terminología, no partió de ahí para unírseles, sino del análisis de que, si lograba mantener activo un grupo encargado de la docencia en terminología y terminografía, de la investigación en esa área y de la creación de productos terminográficos, el Departamento de Lengua Rusa que encabezaba no sería desactivado. Esa fue su principal motivación: salvar al departamento. Este fue el tema de muchas de nuestras conversaciones.

Ese departamento había sido uno de los mayores en la Facultad, con gran actividad académica, investigativa y de relaciones internacionales, pero con la caída del llamado campo socialista estaba a punto de desaparecer. Mientras tuvo un mínimo de fuerzas Barreiro las empeñó en impedirlo.

Recuérdese que, además, había que sobrevivir y mantener a la familia. Los profesores aprovechaban la colaboración en el exterior para mejorar un poco su escaso salario, si bien apenas la cuarta parte de lo ganado iría al bolsillo propio, lo demás era para la institución. Cuando le caía en suerte, Barreiro aprovechaba para obtener contratos escapados al control institucional, y así llevar a su familia un poco de desahogo económico. Pero regresaba exhausto por el esfuerzo psíquico y físico realizado.

Así fueron sus últimos años.

Se agregó, por entonces, el derrumbe de los sueños. Suyos y de los que a su lado bregábamos por el afianzamiento de la terminología en el país. Lo explico mejor:

El 14 de octubre de 1989 había comenzado sus actividades el Centro de Traducciones y Terminología Especializada (CTTE), que sería el soporte material de nuestros empeños. Su objetivo declarado era desarrollar, junto a la comercialización de traducciones especializadas de elevada calidad, una labor terminográfica sistemática y promover y apoyar la investigación terminológica en todas las esferas de la

ciencia, la técnica y la economía nacional, así como impartir docencia en terminología a sectores específicos, y desarrollar y comercializar herramientas de ayuda al trabajo terminográfico.

En momentos en que el país atravesaba una de sus más graves crisis económicas, un pequeño grupo de visionarios soñamos, trabajamos y creamos, a pesar de la penuria generalizada. Muchos que podían y debían se escudaban en las carencias para no hacer lo mismo. Surgieron celos y afanes de protagonismo, y algunas instituciones comenzaron a esgrimir razones burocráticas para impedir algunas actividades. El objetivo era anular el CTTE. Lo que nos servía de soporte material, como antes expresé.

En 1998, cuando se había alcanzado el más alto nivel de actividad (aparición de los primeros productos terminográficos, realización de varios eventos internacionales en el país, cursos dictados por especialistas extranjeros, constantes muestras de reconocimiento internacional...), un cambio en la dirección del IDICT (Instituto de Documentación e Información Científica y Tecnológica), la institución a que estaba adscrito el CTTE, demostró que en las esferas oficiales no existía ninguna comprensión de la importancia de la labor terminológica. El señor Humberto Arango, bajo cuyos auspicios había nacido el CTTE (y que además había apoyado la creación de la Asociación de Traductores e Intérpretes de Cuba, ACTI), fue sustituido por Nicolás Garriga. Este señor, en su primera presentación pública, afirmó que la terminología no tiene nada que ver con la información científica y técnica, por lo que el servicio de traducción del Instituto debía enfocarse en las necesidades internas. Nada de lo que había estado en el nacimiento del CTTE tenía razón de ser...

Y de un plumazo se echó por tierra lo alcanzado hasta el momento.

Recuerdo que dirigí a él y a su ministra una carta (yo por entonces presidía la ACTI, y era vicepresidente de la Red Iberoamericana de Terminología, Riterm), rogándoles que reconsideraran la idea. Nunca me respondieron.

Ese golpe afectó a Barreiro, como a todos nosotros.

Pero hubo más: En 1996, él y yo habíamos ido a México, a participar en el V Simposio Iberoamericano de Terminología, auspiciado por Riterm y la Unión Latina. Antes de partir, las autoridades universitarias nos pidieron: «Traigan para acá el próximo Simposio». Me pareció bien difícil, pero Barreiro confiaba en que podríamos.

En México desplegamos una intensa y agotadora labor de cabildeo para obtener los votos necesarios, frente a Colombia y Portugal. Ganamos la sede por muy estrecho margen. Una colega venezolana expresó: «Eligieron a Cuba... Eso va a ser un fracaso».

Yo estaba contento, pero preocupado. Barreiro estaba feliz y optimista. Preocupado yo, optimista él, felices ambos por la victoria, informamos a quienes nos pidieron la sede. «Pues miren qué hacen, porque

si no es rentable no va», fue la respuesta oída. Ni felicitaciones ni elogios. La despedida fue: «Mejor no lo hubieran traído».

Me sentía ridículo, no quería saber nada de Simposio ni de Universidad. Barreiro me repetía: «No hagas caso, tú verás que lo logramos».

Y se logró. Y más: El VI Simposio de Riterm, celebrado en La Habana, no solo fue rentable para los organizadores cubanos, sino también para Riterm y la Unión Latina. Gracias a Barreiro, que escribió (en una vieja máquina de escribir, no en computadora) no sé cuántas cartas a no sé cuántas personas en todo el mundo. Que trabajó como un endemoniado. Que se buscó problemas, que hizo cosas en que debí decirle que no lo seguía. Que quedó con un desgaste psíquico y físico del que nunca se recuperaría.

Todo para nada, porque ya la muerte de la terminología cubana (¿y la de él?) estaba decretada, con la demolición de su soporte físico. Y sin apoyo oficial, que nunca había existido.

Fue el final de la época dorada de la terminología en Cuba. Fue también, estoy seguro, el comienzo del final de Barreiro. Todos andábamos con el alma por el suelo, convencidos de que la envidia, los celos y la mediocridad, aliados a la burocracia oficial, nos habían derrotado. Una derrota bien amarga. Todavía él intentó mantener cohesionado a su grupo en medio de la debacle, pero se desgastaba en vano, pocos lo seguían. Él se apagaba.

Mi amigo fue un personaje controvertido; yo mismo no siempre lo entendí. Pero fue un hombre que hizo mucho por los demás, aunque no todos lo reconocieran, y lo hizo de corazón. Amó a su familia y a sus amigos. Un día no pudo más y dejó de estar con nosotros. Se fue y nos dejó un hueco que no se llena.

Como dijo César Vallejo: la suya es una falta sin fondo.

Cómo citar este texto: ALPÍZAR CASTILLO, Rodolfo. Recordando al amigo. *Debate Terminológico*. No. 9, Feb. 2013; pp. 95-98